

Henri Barbusse, o la Lección de la Inteligencia



Mano C. 1935

Desaparece con Henri Barbusse el más grande de los intelectuales de nuestra época. La emoción de su enfermedad y de su muerte ha dado varias veces la vuelta al mundo con la misma rapidez con que corren las noticias por los cables telegráficos y con la misma sacudida eléctrica de las descargas que las transmiten.

Ha invadido las usinas, ha atravesado los campos en flor, ha penetrado en el tibio corazón de las parvas recién cortadas, y estremecido los tendones de acero de las máquinas segadoras. En los locales de las bibliotecas públicas donde los hombres luchan por saber, en los talleres y en las fábricas, donde los hombres luchan para vivir, en los centros revolucionarios donde los hombres luchan por su dignidad humana, en todos los rincones del mundo desde las tundras boreales hasta las factorías de los trópicos, la noticia de la enfermedad y muerte de Barbusse ha conmovido a las conciencias libres.

¿Cómo pudo la fama de este intelectual desvanecer la popula-

ridad deslumbradora y fugaz de tantos peleles de la farsa diaria, astros de cine, príncipes de Gales, campeones de box, cortesanas de lujo?

¿Cómo pudo un simple escritor, un «novelista», enlazar a su vida los hilos cordiales de tantos millones de seres de diversas razas, habitantes de tierras tan lejanas, para consternar con su muerte aún a muchos que no lo leyeron nunca, y a tantos que no saben siquiera leer?

Es que Barbusse, para honra de la inteligencia, había sabido saltar el cerco de la literatura. No se detuvo en el espectáculo del mundo; se desangró con él.

Hay en su vida dos obras sucesivas que marcan las posiciones antagónicas del escritor: «El infierno» y «El Fuego».

En «El Infierno» un hombre mira por el agujero de la puerta de una casa de hospedaje la vida que se desarrolla, palpitante, en el cuarto de al lado. Todas las pasiones, desnudas en la intimidad de esas cuatro paredes; el amor, el dolor, la muerte. Este panorama tremendo y sombrío se abre a la mirada del espectador pasivo que lo ve desfilar, conteniendo el aliento. «El Infierno» es un libro caótico, donde el barro humano se hace ceniza y se dispersa por el aire. Es la obra de un gran literato, que no sabe que hacer. Si Barbusse hubiera muerto después de escribirlo, sólo las sociedades de escritores hubieran honrado su memoria.

Pero Barbusse escribió después «El Fuego». Y en «El Fuego» ya no es el hombre que se asoma a la ventana abierta sobre el mundo. «El Fuego» es la obra del soldado que vuelve de la guerra, que ha luchado en el frente y se ha carcomido los pulmones con el gas deletéreo de las trincheras. El espectador emocionado de ayer se ha convertido en protagonista. Lo que escribe le sirve ya para enseñar, para protestar, para sublevarse. Ya el barro humano, en lugar de ceniza, es ladrillo para la construcción del futuro.

Había sido necesario el bautismo de la metralla, que él fué a buscar voluntariamente, engañado como tantos otros, para que este hombre comprendiera que en los tiempos actuales, la actividad del escritor no puede ser indiferente al destino de la humanidad.

En Francia, se marchitaban entonces las flores de invernáculo de las literaturas decadentes, entre las cuales la más refinada y exquisita había sido la de Marcel Proust. La guerra calcinó definitivamente toda aquella flora aristocrática. En la tierra arada por los obuses, germinó un nuevo fruto: «El Fuego» de Barbusse.

Pero faltaba todavía una tercera etapa que salvar: la que va de la protesta vibrante a la disciplina de acción. Barbusse la recorrió en su camino a Rusia.

A la consigna del Grupo Claridad que él fundó con Romain

Rolland y que proclamaba la necesidad de «hacer la revolución en los espíritus», se fué oponiendo cada vez con más precisión esta otra: «Sólo la clase trabajadora puede redimir al mundo». Y los intelectuales han de sumarse a ella si es que tienen amor por la humanidad y respeto por la cultura. Porque la clase trabajadora es hoy la única que puede defender el patrimonio de la cultura, remozándola en su propio molde, injertándola en su tronco silvestre.

Frente al fascista que dice: «cuando oigo hablar de cultura disparo mi revólver»; frente a la actitud barbarizante de la «Kultur» nazista, Barbusse opone dos corazas de acero: La Unión Soviética cuyo proletariado construye la única gran realidad del socialismo y donde los hombres de ciencia de todo el mundo tienen acogida fraternal, y los amplios boulevards de París, donde los sabios como Paul Rivet y Langevin saludan con el puño en alto en los mitines del frente Popular Antifascista.

Este es el período decisivo en la vida de Henri Barbusse. Funda la revista «Monde» La más alta tribuna del pensamiento socialista occidental, organiza congresos de escritores, comités mundiales contra la guerra y el fascismo. Alrededor de su magra figura, debilitada por el trabajo y la tuberculosis, al sonido de su voz, en la que los gases de las trincheras han dejado una lenta vibración emocionada, se van agrupando los trabajadores intelectuales de todo el mundo que afirman su fé en la cultura de la clase obrera. Los que se han salvado en China de las horcas de Chang Kai Sek y están luchando contra la rapacidad de las grandes potencias «colonizadoras». Los que han huído de los campos de concentración de Alemania, los intelectuales de color amenazados por la ley de Lynch en la «democrática» Yankilandia, los emigrados de Bulgaria que tienen todavía huellas de las torturas sufridas, los artistas japoneses que pueden ser enterrados vivos porque piensan contra el emperador los estudiantes evadidos de las cárceles del Bisonte Gómez, los que estuvieron en la gloriosa insurrección de Asturias, todo lo que la intelectualidad mundial tiene de más afirmativo, de más puro, se congrega periódicamente en París para estrechar la mano del Maestro y compartir su tarea emancipadora.

Ya el novelista amargado que no sabía cómo orientarse frente al desfile de miserias humanas de «El Infierno», ha llegado a la total realización de su destino.

Henri Barbusse ha muerto en Rusia, donde todo lo que él defendió se va convirtiendo día a día en una maravillosa realidad. Y los campesinos de los koljoses soviéticos le han enviado, en lugar de las orquideas de invernáculo que amaba Marcel Proust, una corona trenzada con las espigas de los trigales de Ucrania.

Magnífica gloria del escritor.